

Invitación a ignorar

Luciana Isabel Conde | Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

En tiempos donde medios de comunicación, redes sociales y discursos oficialistas están plagados de cuestionamientos y descalificaciones a los docentes, llamar 'ignorante' a un maestro es una expresión que puede escucharse con regularidad. La relectura de *El Maestro Ignorante: Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual* de Jacques Rancière (2007), sin embargo, propone una ignorancia distinta; una ignorancia buscada, elegida, para poder repensar y accionar en nuestras prácticas pedagógicas.

Situándonos en un contexto donde reina la inmediatez y se le demanda al Sistema Educativo (y a docentes especialmente) técnicas instructivas eficaces acompañadas de resultados medibles, la lectura de la obra de Rancière no es significativa por la didáctica que recupera de Joseph Jacotot (2008), sino por la reflexión en torno a un posicionamiento docente específico. Nos habla de un maestro ignorante, en tanto lo que ignora es el orden desigual: pone en suspenso la lógica superior-inferior, rompe la concepción instaurada de que un maestro sabio instruye y sus estudiantes —casi a modo estímulo-respuesta— reciben conocimientos (y se buscan culpables cuando no se alcanzan los objetivos esperados). Y gracias a su ignorancia, reconoce a la igualdad como axioma, como incuestionable, entendiéndola como alteridad y singularidad propia de la condición humana.

En su ignorancia, el maestro que Rancière describe tiene la posibilidad de negar el juego de la explicación que perpetúa el orden desigual, ubicándose como una autoridad ya no autoritaria sino habilitante, que da lugar a procesos inéditos e incontrolables, en un camino emancipatorio (Greco, 2015). Frente a la crisis de autoridad jerárquica que presenciamos en el campo educativo, posicionarse como ignorante implica promover escenas, brindar una apertura, portando la igualdad como principio a verificar regularmente y, así, romper con nociones de destinos inevitables. En épocas donde la idea de *libertad* es repetidamente asociada a visiones individualistas, y donde el discurso del "sálvese quien pueda" es constantemente reproducido, reflexionar sobre una relación pedagógica emancipatoria es reconocer la potencia y capacidad de transformación del campo educativo. En tiempos de crueldad, donde es difícil anticipar quiénes son aquellos que nos encontraremos en nuestras aulas

y cuáles son sus padecimientos subjetivos, identificarse como maestro ignorante es tener una disposición a estar abierto a la escucha, a mirar, a habilitar, a crear condiciones. Un docente que no es amo ni dueño, que no acapara, que no tiene certezas sobre el otro (Greco, 2015). Es, en definitiva, darle lugar al cuidado en la enseñanza.

El texto nos invita —o al menos desde este espacio proponemos esta lectura— a repensar actualmente tanto sobre quienes tenemos como alumnos, con sus idiosincrasias, familias, historias, deseos, temores, y en medio de un contexto nacional específico, como también a pensarnos como educadores. Entre narrativas que desestiman el trabajo docente y hasta sugieren reemplazos con “facilitadores” o inteligencia artificial, una lectura superficial de *El Maestro Ignorante* podría reforzar este supuesto de que el maestro es prescindible. Por el contrario, la obra de Rancière pone el foco en la relación pedagógica, proponiendo una autoridad que insista en el trabajo del alumno sin resignar el lugar del adulto. Es habitar la escena de forma compartida a la vez que diferenciando lugares, donde el maestro ignorante da lugar y sostiene, poniendo su propia voz mientras que hace eco de la de los otros (Greco, 2015). Y para ello, nos advierte Rancière: “*Para emancipar a otro es necesario estar emancipado uno mismo. Hay que conocerse a sí mismo como viajero del espíritu, igual a todos los demás viajeros, en cuanto sujeto intelectual que participa de la potencia común de los seres intelectuales*”. (Rancière, 2007: 52)

Y el posicionamiento de un maestro ignorante está lejos de ser cómodo o sencillo. Enseña sin explicaciones, insiste sobre el trabajo del alumno, da lugar a la vez que sostiene la inteligencia del alumno, sin aplastarla y confiando en su potencia, buscando verificar en el acto aquella igualdad que lleva como axioma. Es un trabajo complejo, un posicionamiento ético de enseñar emancipando, sin acomodarse a “características evolutivas” de un supuesto desarrollo psicológico natural de sus estudiantes ni amoldarse exclusivamente a los intereses que reclaman, a la vez que rompe con el atontamiento que acontece cuando se subordina la inteligencia del estudiante a la del docente. Su calidad de ignorante le permite estar disponible a lo que el alumno trae, reclama, necesita, grita o susurra, a la vez que le posibilita reconocer la diversidad de quienes habitan su aula, buscando dejar de lado los cómodos encasillamientos, etiquetas, diagnósticos, encierros, certezas y anticipaciones.

En tiempos donde el debate democrático, el lazo comunitario, la libertad y lo colectivo están fuertemente en discusión, reflexionar sobre la potencia de lo educativo tiene más trascendencia que nunca. Por ello, la relectura de *El Maestro Ignorante* nos puede brindar puntos para seguir pensando cómo abrir espacios y sostener desde nuestro lugar, cómo formar sujetos emancipados que reconozcan la necesidad y preocupación por los otros, cómo otorgar palabra para generar una apropiación de sus posibilidades de aprender, cómo dar lugar a una pedagogía que se piense en términos plurales y no excluyentes, cómo acompañar el desarrollo subjetivo hoy.

A hacernos cargo de una ignorancia, esa es nuestra invitación. ■

› Referencias

- › Greco, M.B. (2015). *La autoridad (pedagógica) en cuestión*. Homo Sapiens.
- › Jacotot, J. (2008 [1829]). *Lengua materna. Enseñanza universal*. Cactus.
- › Rancière, J. (2007 [1987]). *El maestro ignorante. Cinco lecciones de emancipación intelectual*. Libros Del Zorzal.